

contra constitucionalistas, provoca la división de todo el abanico político parlamentario y extraparlamentario y la lucha por el control de los principales medios de comunicación de masas con la consiguiente amenaza para la libertad de expresión. La desconfianza es general en la sociedad española: el Gobierno desconfía de los partidos, empezando por el suyo propio, y los partidos no se fían del Gobierno; los aparatos del Estado recelan de la izquierda y ésta de algunos sectores de estos aparatos; las bases de la izquierda han perdido la confianza en sus propios aparatos políticos y los aparateros en sus mismas bases y hasta los golpistas no confían entre ellos, no sólo por la experiencia de los careos de los implicados en el 23 de febrero, sino también porque los tres posibles golpes que se dieron cita a comienzos de año deben andar ahora por la docena.

Reflejo de esta desconfianza mutua es la inestabilidad de todo el cuadro político: surgen nuevos proyectos de partidos comunistas de signo «euro», operaciones de relanzamiento de corrientes socialistas en el seno del PSOE, la gestación de una nueva mayoría de derechas a través de la plataforma moderada, el intento de convertir los clubs políticos en partidos de nuevo tipo, los ensayos de partido bisagra, etc. Nada hay menos estable que la geografía política española; aunque la partida esencial se desarrolla en el partido «gubernamental» entre los partidarios de hacer una política de derechas, siempre en el marco constitucional, y los partidos de hacer una política de casta tecnocrática o burocrática a espaldas de toda realidad social. Dada la ausencia de un verdadero partido político no es la primera vez que esto le ocurre a la derecha; ahí están los ejemplos de Carlos Arias en la primavera de 1976 y de Adolfo Suárez en el otoño 1980-81, y ahí están los ejemplos de salida de esta situación. La duda sólo se encuentra en si habrá tiempo para ello; porque la entrada de Soledad Becerril, como símbolo de un Gobierno que carece de nada simbólico, nos ha vuelto a colocar en enero del año que acaba y en las mismas coordenadas que precedieron los intentos contra la Constitución, o al margen de la Constitución. ■ F.L.A.

NOTA:

En un trabajo anterior sobre la recomposición política de Unión de Centro Democrático, aparecido en el número correspondiente al mes de diciembre, una errata de imprenta adjudicaba al PSOE un «proceso difuminatorio». El texto correcto era el siguiente: «La inestabilidad táctica y estratégica del PSOE, el proceso difuminatorio del PCE». Así que cada palo aguante su vela y demos al César socialista lo que es del César y al dios comunista lo que es de dios.

LA CRISIS PODRÍA SER CREADORA Y POSITIVA

MARIO GAVIRIA

EL que todavía la crisis estaba por llegar quedó demostrado hace dos años (1). A pesar de que, aunque se habla de crisis de la economía española, todavía España, según la revista

Fomento de la Construcción, es la undécima potencia económica del mundo, igual que hace siete años, antes de que se comenzase a hablar de crisis, lo cierto es que en el año 81, por primera vez en treinta años, no habrá crecido el Producto Interior Bruto en términos reales, aunque las estadísticas oficiales intenten hacernos creer lo contrario. Hasta ahora, y a pesar de lo que se dio en llamar crisis, que no recesión, el Producto Interior Bruto ha seguido creciendo (desde la guerra del petróleo hasta ahora el Producto Interior Bruto ha crecido un quince por ciento y la productividad un veinticinco por ciento o más).

Esto, pues, no era una crisis: la crisis está llegando y quienes están viendo la crisis son los más débiles: los viejos, los obreros que no pertenecen a la élite del proletariado, los chabolistas, los pequeños agricultores, los jornaleros agrarios.

El 81 será el año en que ya de manera generalizada (el año anterior lo había sido para unos ciertos sectores únicamente) el poder adquisitivo real de los salarios haya bajado. La clase obrera vive cada vez peor, estableciéndose dos tipos de obreros: los que trabajan, a los que les aprietan los ritmos y bajan los salarios, y los que no trabajan y son enviados al paro.

El engaño del capitalismo industrial y urbano fue hacer creer a la gente que la crisis era grave cuando todavía no había llegado y, ahora que la gente ya se había acostumbrado a vivir con la idea, que no con la realidad, de la crisis, le toman el pelo, haciéndole creer que la crisis no tiene solución. Y eso es mentira.

Toda la política económica del capi-

«Hablar del paro en general es un invento del capitalismo que oculta que en el paro también hay clases sociales.»



LA CRISIS

talismo de los países industriales es parecida: apretar el cinturón al obrero, acumular capital, sustituir mano de obra por automatismo, buscando mercados para los productos industriales que sobran en el planeta por falta de clientes. El desarrollismo no volverá, aunque los líderes políticos de los sindicatos y de la izquierda hacen creer a los obreros que si ellos mandaran podría volver.

El estancamiento económico todavía no está siendo recesión, que llegará, y el análisis, desde un ángulo de visión del ecologismo crítico y radical, está muy alejado de los análisis desarrollistas, sean de la izquierda o de la derecha (desgraciadamente, no se distinguen mucho).

Para el ecologismo radical, el que haya descendido la producción de automóviles en el año 81 a las cifras de hace cinco años es algo positivo; el que haya descendido el consumo de petróleo en cuatro millones de toneladas en los últimos tres años, es algo positivo; el que hayan descendido las estadísticas de circulación de vehículos y los kilómetros anuales medios de cada uno de los automóviles de España es algo positivo, pues, entre otras cosas, disminuye la contaminación de las ciudades, la intoxicación definitiva por plomo en los pulmones y hace más habitable la escena urbana. Para el ecologismo radical, el que no se hayan construido nuevas autopistas en estos últimos años es un éxito. El que no vengan grandes multinacionales de la química a invertir es un seguro anti-cáncer para los próximos quince años. El que no se edifiquen nuevos grandes almacenes ni grandes centros comerciales periféricos o hipermercados, y algunos de éstos estén a punto de cerrar, demuestra que el consumo que combatimos va debilitándose. El que se incremente el déficit de la balanza de pagos y el endeudamiento exterior alcance cifras peligrosas nos anima a pensar que un día no se podrá pagar la importación de petróleo, ni la importación de soja y maíz americanos (un billón de pesetas el petróleo en el año 81 y 400.000 millones de pesetas la soja y el maíz americanos).

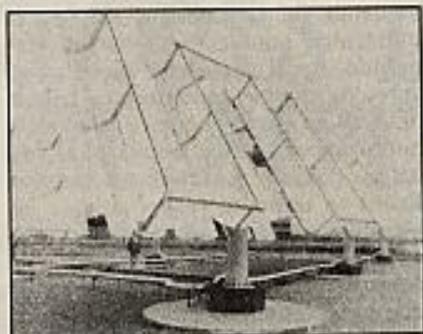
Si no se importa petróleo, ni tampoco maíz y soja, ello indicará que la economía y sociedad españolas tendrán que comenzar a basarse en nuevas energías renovables: sol, agua, viento, biomasa, y en la producción alimentaria autóctona, dejando de lado el mito de la industrialización que, a la larga, va a generar más problemas de los que aparentemente solucionó.

Algo que casi no nos atrevemos a decir es que el hecho de que el paro aumente tiene un aspecto positivo y es que queda demostrado que se puede producir lo mismo trabajando

menos. El problema del paro es que lo sufren los de siempre: los desgraciados, los que hemos señalado antes.

El ecologismo radical no se cree las cifras del paro en las que, aunque se distingue por edades no se distingue por clases sociales.

Parados de verdad son los que las pasan putas para comer e ir viviendo: los jornaleros extremeños y andaluces del latifundio, los jubilados sin pensiones o con retiros miserables, los gitanos, los chabolistas, los inmigrantes de última hora, los que nunca disfrutaron del desarrollismo. Hablar del paro en general es un invento del capitalismo y de los sociólogos de derechas, que ocultan que en el paro también hay clases sociales. Considerar que en una familia burguesa y de clase media, los licenciados no encuentran trabajo, es un falso drama, puro vicio. La idea de que el padre, la madre y dos o tres hijos mayores de edad estén todos trabajando, ingresando dinero y acumulando capital es injusta mientras haya más de seis millones de pobres en España.



«Si no se importa petróleo ni maíz ni soja, ello indicará que la economía española tendrá que basarse en energías nuevas, como la solar.»

Y cuando hablamos de pobres no hablamos de élite obrera, la que trabaja, ya que hay que distinguir entre los obreros que trabajan ellos, sus hijos y sus mujeres, y los que no tienen para comer.

El paro está sirviendo para corromper a la clase obrera, para dividirla entre los que cobran el subsidio y no y entre los que trabajan varios en la familia y los que no trabaja nadie.

Hay una falsa ideología en torno al paro que a los ecologistas radicales nos gusta denunciar: *el no trabajar es bueno, lo mejor que nos puede suceder y lo más válido en este aspecto es que trabajen todos, pero menos, cuanto menos mejor.* Es preferible producir poco y consumir poco, pero igualmente, que trabajar mucho, producir mucho y despilfarrar unos y sudar otros. El «drama» del paro, del que la gente tanto se queja no es el de trabajar, sino el no percibir ingresos para vivir de manera consumista como el que sí

recibe. La gente quiere dinero, no puestos de trabajo, pero el capital dividido entre sus clientes potenciales, a unos les da dinero y puestos de trabajo y a otros se les distrae y se les mantiene como ejército de reserva.

Trabajar menos es ecologista y positivo. Simplemente hay que distribuir el no trabajo y para ello la única solución es distribuir el dinero y la renta.

Todas estas cosas parecen heterodoxas y ojalá lo sean, ya que lo que está claro es que el capitalismo tecnoburocrático, los casi dos millones de funcionarios del Estado español, al servicio del capitalismo, no van a resolver la crisis, sino que están viviendo de ella. El Estado se va hipertrofiando, llega un momento en que es incapaz de invertir. Como las grandes inversiones no son sino un elemento del proceso de degradación del capital fijo ecológico: suelo vegetal, agua, biomasa, aire, etc., y el Estado ya no puede invertir, las perspectivas ecologistas se incrementan. Es muy probable que en los próximos diez años el Estado se convierta en un fin en sí mismo, de manera más visible de lo que lo era hasta ahora, se fagocite y arrastre a la economía española hacia una febril actividad, consistente en gravar de impuestos a los ciudadanos para poder pagar a los funcionarios.

El Estado se autoconsume a sí mismo. Eso abre de esperanzas la alternativa ecologista, descentralizada, sin políticos profesionales, sin mesías autoritarios. Si se está del lado de los que quieren hacer perdurar el capitalismo autoritario y tecnoburocrático, basado en la hiperindustrialización, explotación del obrero y esquilmación del Tercer Mundo, la crisis puede agobiar y apurar, crear preocupaciones. Pero si se está del lado de los que aspiran a una sociedad sin Estado, sin clases, libre, sin trabajo coercitivo, la crisis es creativa. Marx decía que la revolución llegaba cuando la gente no aceptaba seguir viviendo como vivían antes. Aquí la crisis va a llegar cuando la gente no pueda vivir como le han dicho que viva. La crisis es necesaria para que la humanidad avance hacia formas más placenteras de vida. Pero, tal vez, ni el capitalismo neofascista, ni la socialdemocracia, ni el marxismo a la soviética quieran cambiar del modelo centralizado jerárquico industrial hacia una sociedad por inventar, totalmente opuesta a lo que nos propone el llamado mundo moderno. O la crisis, o la Tercera Guerra Mundial, o, tal vez, ambas. De esto sí que nos nos alegramos los ecologistas.

■ M. G.

(1) Mario Gaviria. El Buen Salvaje. Ed. El viejo Topo. «La falsa crisis».